

Javier Miró

Ojalá tú nunca



Para ti, papá

Los principios de la justicia se escogen
tras un velo de ignorancia.

JOHN RAWLS

La mejilla de César está aplastada contra el suelo. Sabe que es el suelo porque ya no queda vacío por el que seguir cayendo. Sus nervios silencian un dolor que se propaga desde la sien hasta algún punto más allá de las rodillas. El brazo derecho se extiende frente a sus ojos, rendido, con los dedos acariciando sin cariño la áspera superficie que lo sostiene. El brazo izquierdo no existe, perdido bajo el cuerpo que lo aplasta de cualquier forma. Sin embargo, de algún modo, replica los latidos del corazón. Más y más débiles. Débiles. Las piernas se repliegan contra el estómago simulando una posición fetal no aprehendida, como tratando de proteger el resto del cuerpo, de reconfortarlo, de conservar ese calor que se le escapa.

César se muere. Es una certeza tan rotunda como el suelo que le aplasta la mejilla. La consciencia ya ha empezado a abandonarle, y eso evita que el pánico se desate. Mejor así. El sistema nervioso ha empezado a fallar, los sentidos no responden. No consigue diferenciar entre lo que le muestran los ojos y lo que en realidad ve. En su cabeza se repite una y otra vez una secuencia absurda, inconclusa, como una grabación en bucle en la que él corre, cae, vuelve a correr, vuelve a caer. Su mente parece haber perdido la pista de lo que ha quedado atrás. Poco a poco abandona el interés en lo que está por venir.

De pronto, un parpadeo, un coletazo de raciocinio le devuelve al presente, al cemento sobre el que yace. Su único horizonte. Siente el frío recorrerle, ganando posiciones por las trincheras de su cuerpo; desde las extremidades hasta las profundidades de los órganos. Es justo ahí, en las entrañas, donde un fuego va licuando las paredes interiores. César siente el líquido huir de las llamas, formando riachuelos de vida que buscan un hueco por donde filtrarse. Y salir de él, y saltar al vacío, y ganar el suelo, y desparramarse hasta teñirlo todo de esa materia oscura que, hasta entonces, moraba entre sus carnes.

Más allá de él, en el mundo de los todavía vivos, el infierno. Rugidos distorsionados, descargas proyectadas sin fin, ecos que hacen vibrar el aire y la piedra. Desarticulados. Crueles. La cólera se agita en el ambiente. Les golpea a todos, aunque César ya no consiga distinguir quiénes son. Corren a su alrededor, pisan con sus botas militares, agreden con sus movimientos. Y un poco más allá, una pira que eleva sus llamas al cielo.

El fuego brilla en las pupilas de César, en esos ojos detenidos que van perdiendo la humedad. La ve arder, la máquina. *Traumtrube*. Su revestimiento de madera envuelto en llamas, los componentes y circuitos derritiéndose y desprendiendo una humareda tóxica. Más o menos igual que lo que le ocurre a él. *Traumtrube* ardiendo. El cofre de los sueños, el artefacto maravilloso que vinieron a robar. *Traumtrube* consumiéndose. César no sabe si puede verlo o solo se lo imagina, en una broma final de su psique moribunda; como cuando se consulta el reloj para al instante olvidar qué hora es.

Una broma soberbia. La mejor del mundo.

Las manos están arriba, tal y como exigen las voces. Son ladridos que hieren la voluntad, que someten. Proceden de los soldados que surgen de cualquier rincón que pudiera servir de escondrijo. Los pómulos apretados contra los fusiles de asalto; el ojo fijo en el punto de mira; y en el centro del mismo, César y sus compañeros. Les superan en número cuatro a uno. Cinco a uno. Más aún, porque todavía no han terminado de abandonar las sombras. Les estaban esperando.

—¡Es una trampa! —se lamenta uno de ellos, César no reconoce quién. Además de obvio, es demasiado tarde.

Los militares actúan con celeridad, maniobrando como los han adiestrado. Los rodean. Sacan al conductor de la grúa a empujones. Lo obligan a tenderse con las manos unidas en la nuca, la nariz aplastada contra el pavimento.

Los ocho componentes del comando de cazadores renegados, hasta hacía unos segundos tan seguros de sí mismos, tan arrogantes enfundados en sus trajes *Jäger*, ahora son dóciles reses. Los focos de luz azulada tiñen con un inquietante fulgor metálico sus máscaras de cazadores. Los rostros de los soldados evidencian que, pese a todo, no han perdido la capacidad de infundir terror.

César reconoce las insignias de la *Wehrmacht* sobre el uniforme del soldado que le registra y le despoja del *Erin-*

nerungslösch. No es más que un chaval. Le trata como un bulto que hay que empaquetar deprisa. Le levanta la máscara y, de súbito, la sudorosa cara de César entra en contacto con el ambiente del hangar. Su piel se refresca al tiempo que piensa en la misión. No hace falta ser un genio para reconocer el fracaso.

El científico observa los semblantes de sus compañeros, también despojados de sus máscaras, brazos arriba, con la dignidad de pájaros desplumados. Busca gestos de coraje, pero solo encuentra preocupación, angustia, rabia. También aceptación. Ninguno de ellos le devuelve la mirada, demasiado ocupados en lidiar con sus propios fantasmas. Tampoco Emma repara en él, pese a que se detiene unos segundos en ella. Nada, solo su gesto desafiante de cazadora insensible; mandíbula apretada, frente alta y pupilas dilatadas pese a la repentina saturación lumínica. La careta mostraba mayor sentimiento.

No hay nada que hacer. César busca entre los soldados. Con recelo, temeroso de reconocer por fin la cara de Hans entre ellos. Trata de sacarse ese pensamiento de la cabeza mientras se gira levemente a su izquierda. Busca sin pretenderlo la silueta de la *Traumtrube*. No ha quedado demasiado lejos de su posición. En realidad, un solo soldado se interpone entre la máquina y él; el chico joven que ha terminado de cachearle y le apunta a la espera de nuevas instrucciones. El científico intenta no mirar la máquina con demasiada avidez para no delatar el loco pensamiento que acaba de brotar de su mente.

Devuelve la mirada a sus compañeros, ese puñado de lunáticos que se pasaron de intrépidos. Están perdidos, aunque César esconde una treta que en ningún caso va a salvarles el cuello, pero que a lo mejor sí dará significado a la misión. Con los dedos entrelazados tras la cabeza, se palpa el punto exacto donde Sebastián le inyectó la última dosis. Se acaricia la piel de la nuca mientras su cabeza se retuerce en cálcu-

los obscenos que le aceleran el pulso. No piensa que tal vez aquel nuevo disparate solo obedezca al efecto de las drogas.

Entretanto, sus camaradas van obedeciendo de mala gana. Los primeros ya están apoyando una rodilla en el suelo para luego seguir con la otra; torpes con los dedos entrelazados en la coronilla. Emma es una de ellos. César piensa que la cazadora no tiene forma de imaginarse lo que va a pasar. Trata de no reírse de sí mismo mientras se autoconviene. La sangre le bombea con fuerza bajo la piel de sienes, axilas y las enguantadas palmas de las manos. Es por aquello que está a punto de hacer, por el vértigo que le produce la idea. Procura no mirar al soldado que le separa de la máquina. Sabe que con un movimiento rápido bastará, pero desconoce si tendrá suficiente arrojo y destreza para llevarlo a cabo. No es un hombre de acción. Toma aire. Solo tiene que apartar el fusil y, con él, el resto del militar. Luego no hay más que correr. Correr hacia la *Traumtruhe*. Correr.

Por suerte para su plan, César no es el único que se resiste a cumplir las órdenes. Varios de los cazadores todavía permanecen en pie, atrayendo la furia de los militares. A él le dejan de lado por el momento. Su porte de inofensivo hombre de ciencia es el camuflaje perfecto para pasar desapercibido. Eso le da unos segundos, quizá más. Tal vez el tiempo suficiente para llegar a la máquina y destruirla. Él conoce mejor que nadie cómo. La clave está en la batería, en sus componentes inflamables. Calcula los movimientos por última vez, obviando las altas probabilidades de fracaso. Se ve con ganas. En realidad es el alud de drogas que recorre sus vasos sanguíneos, pero él no lo sabe. No lo quiere saber.

Ante la insistencia del enemigo, amaga con irse al suelo. Pero pronto hace lo que solo en sus pensamientos cabría esperar. Se incorpora, se gira, las manos de repente separadas de la cabeza; los brazos desplegados, libres, encuentran la caña del fusil de asalto. Lo agarra y tira con fuerza. Consigue desplazar al soldado pegado al arma, lo empuja. La suma

del ímpetu y la sorpresa hacen que este pierda el equilibrio. César está a punto de ser arrastrado también por la inercia de la caída, pero logra sobreponerse. Con la engañosa sensación de que ha sido más fácil de lo que esperaba, echa a correr.

Ignora los bramidos de los militares a su espalda. Sigue obcecado. Ya casi lo tiene. La máquina no está tan lejos. Se oyen disparos, cuatro, cinco, su atención no es capaz de correr y además llevar la cuenta. Siente tres agujonazos, uno por debajo del riñón derecho, el otro muy cerca de donde debe de estar el corazón, se teme. No sabría situar el tercero. Son golpes secos, seguidos de una explosión lacerante en el interior. Para su sorpresa, la sensación que acompaña a la descarga no es comparable con el dolor. Es otra cosa. Las piernas quieren obedecerle, pero parecen volverse de lana. Se derrumba. Una vez en el suelo, incapaz de completar con éxito otra acción distinta a la de boquear, comprueba que todavía le restan unos pasos para llegar a la *Traumtruhe*. La máquina prodigiosa también ha recibido, como mínimo, tres balazos.

César da descanso a los músculos del cuello y los hombros que por algún motivo todavía luchan. Hunde la cabeza hasta besar el suelo; está frío y su sabor es agrio. Entonces oye el estallido. Nota el calor. El cacharro maravilloso que vinieron a robar acaba de saltar por los aires.